

GLADYS HUNTINGTON

MADAME SOLARIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE NICOLE D'AMONVILLE ALEGRÍA

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Madame Solario*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2014 by Nicole d'Amonville Alegría
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-17-9
DEPÓSITO LEGAL: B. I2527-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRIMERA PARTE

I

En los primeros años del siglo xx, antes de la Primera Guerra Mundial, Cadenabbia, en el lago de Como, era un lugar de veraneo elegante donde ir a pasar el mes de septiembre. Su popularidad era fácil de explicar. Contaba con la belleza casi excesiva del serpenteante lago rodeado de montañas y de márgenes enjoyadas con aldeas de color amarillo dorado y con villas de estilo clásico entre cipreses; además, la cabecera del lago se hallaba cerca de las rutas que conectaban Italia con todas las capitales del este y del centro de Europa. Sin embargo, el propio Cadenabbia era de difícil acceso, lo que aumentaba su encanto. Largos tramos de aquella costa agraciada carecían de carreteras y de tráfico de ningún tipo; se llegaba en el barquito de vapor que salía de Como y que hacía el trayecto de ida y vuelta con asombrosa lentitud, deteniéndose en un lugar de ensueño tras otro. Era fabuloso llegar. Como por allí nunca transitaba rueda alguna, lo único que llegaba a los oídos eran las voces humanas, el taconeo de los zuecos de los campesinos y el murmullo de las olas. En los balcones se oía: «¿No es deliciosa esta tranquilidad?». «*Ah, que ce calme est exquis!*».

La nota dominante de la alegre escena que se ofrecía a la vista aquella temporada era la indumentaria femenina. Y en el año 1906 las mujeres llevaban faldas largas que se ajustaban a las caderas y rozaban el suelo; las cinturas eran pequeñas y bien ceñidas, los bustos llenos y los corpiños muy adornados. Unos velos de gasa voluminosos estaban en boga aquel verano. Las mujeres iban tocadas con un sombrero de ala ancha que remataban con un velo que caía vaporoso so-

bre los hombros y bajaba hasta el talle, o más abajo. La cantidad de trajes y de afeites era tal que convertía a cada mujer en una suerte de santuario, y donde hay un santuario hay un culto. El ambiente social de aquella época estaba particularmente cargado de feminidad.

Un joven inglés llamado Bernard Middleton, que acababa de desembarcar en Cadenabbia, respondía a aquella atmósfera dispuesto a admirarlo todo y a pasarlo bien. Iba a reunirse allí con un amigo, pero a su llegada se encontró con un telegrama en que éste le anunciaba que había caído enfermo en Saint Moritz y que, de momento, no podía desplazarse. Al principio Bernard se sintió un poco solo, pero ya al segundo día las intensas primeras impresiones que le había causado la gente empezaron a conformar diversos patrones de conducta en los que esperaba verse incluido, aunque aún no sabía en cuál. En calidad de observador, el carácter cosmopolita de aquella sociedad le divertía tanto como le interesaba. Seguía entusiasmado por el simple hecho de encontrarse en el extranjero porque, debido a su escasa experiencia del mundo, casi todo era nuevo para él.

Cuando salió de Oxford sus padres le mandaron al continente para preparar el examen de entrada al Foreign Office pero, antes de finalizar el año, cambiaron de parecer y le eligieron otra carrera. Un tío hermano de su madre, que era banquero, se ofreció a hacerle entrar en el banco familiar. Nada más lejos de lo que Bernard quería y, para compensar aquel fiasco, sus padres no sólo le permitieron pasar el resto del verano haciendo lo que le viniese en gana, sino que además le dieron lo que para él era una gran suma de dinero. Había llegado a Italia después de haber hecho un poco de escalada en Suiza, y le quedaban tan sólo unas semanas antes de verse obligado a regresar a Inglaterra, de forma que aquel breve espacio de tiempo antes de su par-

tida poseía la cualidad apremiante de los últimos días de vacaciones.

Cuando aquella tarde a finales de septiembre salió del barquito de vapor y puso los pies en el embarcadero delante del hotel Bellevue, creyó ver a ambos lados unos grupos de gente extraordinariamente atractiva, aunque a medida que avanzaba éstos se fueron disolviendo, casi de la misma manera que en el espejo del lago la imagen reflejada de las montañas y de Bellagio se había disipado bajo la proa del barquito de vapor para convertirse en unas olas coloreadas por el crepúsculo. Por la noche los grupos volvieron a formarse ante sus ojos y la escena ofrecía una elegancia general pasmosa, pero no fue hasta el día siguiente cuando algunas personas comenzaron a adquirir contornos precisos e individualizados. Examinó la lista de huéspedes y, entre los extranjeros, encontró varios nombres ingleses. Era evidente qué hombres serían lord H..., Mr. V... o el honorable coronel Algernon Ross, y qué damas serían lady H..., lady Victoria B... o la señora Ross. A los otros no era tan fácil colgarles la etiqueta de la nacionalidad. Había una mujer de mediana edad y de una belleza imponente—cuya pámela ornaba un largo velo de fino encaje negro, como en un cuadro—, acompañada por un joven remilgado de nariz afilada y por un señor maduro y distinguido, de barba también afilada... Su hija adulta corrió hacia ella, la besó sin motivo aparente y recibió un beso de vuelta como si se hubiesen reencontrado tras una larga separación. Entre ellas hablaban en inglés, pero era evidente que no eran inglesas. Y había otra dama, también de mediana edad, cuya presencia era imponente por otro motivo: tenía un rostro de rasgos pétreos y departía en un francés correcto con varias personas que estaban sentadas con ella en una esquina del vestíbulo. Acaso fuese una persona muy importante, pero no era francesa.

Si los mayores se movían en órbitas diferentes y, como constató Bernard, nunca se mezclaban, los jóvenes fluían juntos

en un único río, cuyo elemento más destacado era la muchacha que había corrido hacia su madre y la había besado; causaba revuelo allí donde iba, y siempre iba acompañada de algún muchacho. Ninguna de aquellas personas era inglesa, de forma que para Bernard no dejaban de ser figuras vagas que poseían una extraña seguridad en sí mismas.

Cuando Bernard salía del hotel por la puerta principal al sol de la tarde, la voz de una muchacha dijo de repente: «Pero iremos de todos modos. ¿Sí, Kovanski, sí?». Y Bernard a punto estuvo de chocar contra un vestido rosado.

—*Oh, pardon*—se excusó la joven en francés, casi sin mirarle. A quien miraba era a un hombre que estaba plantado allí fuera con las manos en los bolsillos de la chaqueta, como si no tuviese intención de moverse.

—¿Qué dices, Kovanski?—preguntó la joven y, al no obtener respuesta, se apresuró a regresar al vestíbulo.

Cuando Bernard pasó junto al curioso personaje que hacía gala de semejante frialdad vio que sus prominentes ojos tenían una mirada fija y desagradable, y enseguida supo que ni el hombre ni su mirada eran de su agrado. Un poco más tarde vio que el personaje se alejaba, solo y a paso lento, con las manos aún en los bolsillos de la chaqueta. La muchacha, en aquel atisbo fugaz, le pareció muy pálida y flaca.

Una lancha se bamboleaba sobre las pequeñas olas que lamían los postes del embarcadero, y dos hombres con trajes blancos de marino trataban de mantenerla estable. Un grupo de amigos se aprestaba a embarcar, pero todos reían y hablaban tanto que no conseguían partir. Alguien se puso a gritar: «¡Ilona!». Otros miembros del grupo levantaron la vista hacia un balcón del hotel y luego gritaron todos a una: «¡Ilona!». Alguien gritó también: «¡Kovanski!». Pero al no aparecer ninguno de los dos, la lancha se llenó por fin y zarparon.

Bernard proseguía su paseo, iba preguntándose si le hubiese gustado formar parte de aquel grupo cuando un perrito

salió como una flecha de una pérgola que se erguía sobre el lago y casi tropezó con él. Se oyó un grito: «¡Que no se escape!»». Tras una persecución un poco ridícula, Bernard le puso las manos encima y se lo entregó a una joven estadounidense jadeante, que había llegado a la carrera seguida de dos hombres. Era inconfundiblemente estadounidense, y arrastró a Bernard hasta la pérgola donde habían estado lavando al cachorro. En el suelo había un cubo de agua con jabón: la joven se arrodilló y trató de volver a sumergir al perrito indómito; el agua salpicaba por todas partes, la joven no cejaba en su empeño, aunque soltaba constantes gritos, sus dos amigos le hacían broma y el cachorro era encantador.

Al final, el hombre de más edad dijo con condescendencia, como si le gustase usar aquel tono de voz con la muchacha:

—Vamos, Beatrice, basta ya. Ve a cambiarte la falda. ¡Mira cómo te has puesto!—Hablabla con acento francés y pronunciaba las sílabas con pretenciosidad.

La joven se levantó; en efecto, llevaba la falda blanca de piqué toda mojada y llena de barro. No era bonita, pero tenía una cierta elegancia exagerada; la estrechez de su cintura también era exagerada, lo mismo que el enorme moño de cabello rubio platino. Apelando a sus compañeros para que le asegurasen que el cachorro era «monísimo» y que, por supuesto, tenía que quedárselo, les condujo de regreso al hotel. Allí preguntó a Bernard cuánto tiempo se quedaría, le dijo que esperaba volver a verle y, mientras besaba al animal que llevaba en brazos el hombre pretencioso, añadió: «¡Me llamo Beatrice Whitcomb!»». Era una joven muy alegre y la primera persona a la que Bernard conocía desde su llegada.

Mucho más tarde aquel mismo día, después de haber estado remando en el lago, Bernard se encontró delante del mostrador donde el recepcionista organizaba el correo con un alto caballero inglés tocado con una gorra de plato. El recepcionista le llamaba «coronel Ross». Éste no tardó en dirigir la palabra a Bernard, como si hubiese tenido toda la in-

tención de hacerlo, y eligió el momento en que cada uno recogía la correspondencia para decir:

—¡Middleton! ¿No será usted por casualidad...?

A partir de ahí descubrieron que el coronel había estudiado en Eton con el padre de Bernard y que lady Louisa Middleton era la abuela de Bernard, lo que no dejaba de ser interesante porque la señora era una conocida de la señora Ross.

Fue así como se abrió para Bernard la sociedad de Cadenabbia. Para hacer tiempo antes de la cena se puso a pasear delante del hotel con el coronel Ross, quien le fue indicando, sin que nadie le preguntase nada, quién era cada persona. La mujer de la belleza imponente era la marchesa Lastacori, inglesa de nacimiento, aunque había vivido toda la vida en el extranjero. Su esposo, un rico industrial italiano, no había recibido sino muy recientemente el título de marqués—explicó el coronel Ross con cierto pesar—, pero eran una familia encantadora. Como mucha otra gente, iban a Cadenabbia cada año. Y la dama del rostro pétreo era la embajadora austríaca.

—Su hija—añadió el coronel adaptándose a la edad de Bernard—es una muchacha simpática, pero la hija de la condesa Zapponyi es más bonita. Ilona es una joven de muy buen ver.

—¡Ilona!—exclamó Bernard.

—Sí. ¿La conoce?

—No, pero oí que gritaban su nombre. ¿También es austríaca?

—No, en realidad es húngara. La condesa Zapponyi fue una mujer muy guapa; es más, ha hecho una gran carrera. —El coronel Ross bajó la voz y siguió chismorreando con gran deleite. De repente exclamó—: ¡Buenas noches! ¿Han disfrutado de la merienda?

Y Bernard reconoció a algunos miembros del grupo que había salido de paseo en la lancha a motor.

—Son italianos—prosiguió el coronel Ross, de nuevo en

susurros porque éstos andaban cerca—. Al otro lado del lago había varias villas; sus dueños eran italianos y se hacían «muchas visitas» unos a otros. —La princesa T... posee una villa, puede verla desde aquí, es aquella casona solitaria.

Y mencionó más nombres, que a Bernard le sonaron muy románticos, mientras unas graciosas figuras femeninas departían bajo los árboles bajo una luz atenuada como el collar de una paloma. El coronel Ross se mostraba muy ufano, como si alguien fuese a felicitarle personalmente por todos los encantos del lugar y de la sociedad que lo frecuentaba. Unos encantos de los que, en cierto modo, se sentía responsable porque era el tercer año consecutivo que iba a Cadenabbia, y le hubiese pesado que no fuesen apreciados en su justa medida.

La actitud de la señora Ross era muy distinta. Al principio, cuando les presentaron, Bernard pensó que se complacía en desairarle, pero pronto constató que aquel trato no le estaba reservado sólo a él, sino que en su presencia hasta el coronel Ross se convertía en un perrito obediente.

Después de cenar, gracias a los buenos oficios del coronel Ross, un grupo de personas invitó a Bernard a unírseles en el Salon de Lecture. Al principio se sentía tímido en una compañía que se le hacía más numerosa de lo que en realidad era, pero en cuanto vio a Beatrice Whitcomb tuvo la impresión de que se encontraba con una persona a la que conocía desde hacía mucho tiempo y a la que tenía aprecio. Ella le saludó como a un viejo amigo, aunque después ya no le prestó la menor atención. Practicaban un juego que Bernard no lograba entender. Más tarde la hija de la marchesa Lastacori se acercó al piano y cantó acompañada por el hombre engréido. Lo hacía de forma admirable. La música brotaba de su garganta, que vibraba con una voz libre y pura como la de los pájaros, aunque su expresión y sus maneras dramáticas e impacientes empañaban la calidad de su canto. Tenía el cabello negro, un natural tono tostado de piel, las caderas estrechas

y el pecho generoso; sus movimientos nerviosos hacían tintinear sus pulseras; interrumpió una canción a la mitad y se puso a cantar otra con tal sentimiento que hasta ella tenía lágrimas en los ojos. Cuando terminó se oyeron unos «¡Oh!» de admiración, pero el hombre que tocaba el piano le dijo:

—¡Missy, qué histriónica eres!

Ella patealeó furiosa. Cesó la música, y la señorita Whitcomb hizo unos números en el otro extremo de la sala. Se dobló hacia atrás curvada como una horquilla y besó la pared más o menos al nivel de la cintura, lo que provocó aplausos y los mismos «¡Oh!», y Missy salió corriendo a la oscuridad de la noche.

Bernard se sentía ajeno a todo aquello, y fue a sentarse en el ancho alféizar de una ventana abierta, a cierta distancia de la señorita Whitcomb y de su público; unos minutos más tarde apareció a su lado una muchacha, como si ella también se acercase a la ventana para ver la noche estrellada. Era Ilona Zapponyi, la joven contra la que casi había chocado aquella tarde al salir del hotel.

—Éste es un lugar precioso—dijo ella pronunciando unas erres guturales a la manera de los extranjeros.

—Sí, precioso.

—¿Viene por aquí a menudo—preguntó—o es la primera vez?

—La primera vez, es la primera vez que visito Italia. ¿Conoce bien este país? ¿Ha visto esos sitios tan famosos como Venecia, Florencia y Roma?

Mientras ella hablaba, Bernard reparó en lo pálida que era y en lo infeliz que parecía. Saltaba a la vista que era infeliz. Pero, poco a poco, tras intercambiar unas breves frases sobre Italia, la muchacha se fue animando, se sentó junto a él y dijo de corrido:

—Siempre quiero ir a Inglaterra, porque Inglaterra es el sitio más agradable. La vida de campo en Inglaterra tiene que ser agradable, como la vida en Hungría, sólo que tiene